

CRÓNICAS DE LA LLUVIA

Leyendas de los pueblos indígenas sobre
el agua, los manantiales y los ríos





Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. México

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los
Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,
Investigación y Educación Indígena

Mtro. Antonio Agapito Vidal

Director del Programa de Apoyo a la
Educación Indígena (PAEI)

Itzel Maritza García Licon

Directora de Comunicación Social

Adaptación

César Eduardo García Martínez

Ilustraciones

Jorge Corona Vargas

Corrección de estilo

Verónica Chávez Aldaco

Edición

Norberto Zamora Pérez

México, 2020

Índice

Introducción	1
El combate de la lluvia	3
El señor de la lluvia me busca	9
Chikome Xóchitl	15
El tepozteco	21
El manantial de los murciélagos	29
Los guardianes del agua	33
La liebre de Tehuantepec y la tortuga	39

INTRODUCCIÓN

El milagro de la vida en el planeta Tierra emanó de las profundidades de sus extensos océanos, sostiene la ciencia. El agua es el elemento mejor asociado con la existencia de todo ser vivo porque está presente en lugares inhóspitos en los confines del universo, así como en los tejidos más remotos del cuerpo humano.

Las antiguas civilizaciones reconocieron su fertilidad y muchas de ellas se asentaron a las faldas de importantes raudales y lagos, como los egipcios en el río Nilo; Mesopotamia entre el Tigris y el Éufrates; los Han de China en el río Amarillo y los mexicas en el Lago de Texcoco.

Del agua extrajeron los más valiosos frutos y con ella fecundaron la tierra que les dio alimento en abundancia. En agradecimiento, determinaron honrarla con una sublime adoración a una deidad que la representara.

Para los mexicanos, la más conocida es Tláloc, de *tlālli* (tierra) y *octli* (néctar), es decir: el néctar de la tierra o comúnmente llamado dios de la lluvia. Su magnificencia fue arraigada en Mesoamérica, principalmente por los mexicas, quienes le rendían tributo a través de rituales y ofrendas con las que pedían la llegada de las lluvias para reverdecer sus cultivos.

Otros dioses adorados en territorio antiguo mexicano son: Chaac, dios del agua en la cultura maya; Pitao Cocijo, deidad de la lluvia en la cultura zapoteca; y Dzahui, dios de la lluvia en la cultura mixteca.

Tenerlos contentos era una actividad importante para estas civilizaciones porque, así como el agua en su estado más puro representa la vida, su poder y furia a manera de tormentas o su ausencia, en forma de sequías, podían desencadenar las más impresionantes tragedias naturales.

Hoy en día se puede ver que esa veneración se ha ido desvaneciendo entre las nuevas generaciones. Las civilizaciones actuales le han perdido el respeto al líquido sagrado, desperdiciándolo y ensuciándolo.

Océanos, mares, ríos, lagunas y lagos en todo el mundo reciben constantemente el desprecio de la humanidad representado por desperdicios y residuos tóxicos que se han convertido en una amenaza para el equilibrio de la biodiversidad.

Los siguientes relatos, inspirados en leyendas, mitos y fábulas son un recordatorio de la relación tan frágil, pero al mismo tiempo tan mágica, que los seres vivos tienen con el agua. La misión aún es cuidarla y admirarla en la lluvia, en su caudal, en las nubes, en el hielo y en el vapor que se necesita para crear ese efecto asombroso en cada arcoíris.

El agua es vida. Sin ella, no somos nada.

EL COMBATE DE LA LLUVIA

En un inicio, la vida era muy distinta. Había abundancia y bienestar, no existían los conflictos ni las enfermedades. Dioses y hombres se respetaban y las deidades otorgaban un poco más de lo necesario a cambio de la valoración, el agradecimiento y el cuidado de la tierra, pues esta es la máxima creación, el hogar del hombre y, la vez, la que le provee alimentación.

Sin embargo, el tiempo pasó y las tradiciones del hombre se perdieron, olvidaron su misión y poco a poco se murió el respeto. Derramaban el agua y agotaron la tierra, devoraron animales y comenzaron a pelear entre ellos.

Cuando el dios Tláloc se percató, se decepcionó tanto que los castigó arrebatándoles las lluvias y mandando hambre a la gente del pueblo para alimentar con ellos a la muerte.

Los humanos, tristes y arrepentidos, pedían que el castigo se levantara, pero era inútil, pues el dios ni siquiera los escuchaba.

Así que decidieron mandar al hombre más intrépido y fuerte de ellos, junto con la mujer más inteligente y valiente del pueblo, hasta Tonacatépetl, el cerro paradisiaco donde vive Tláloc. Ahí, pretendían solicitar a la divinidad que enviara lluvia al pueblo que estaba sufriendo, pero Tláloc hizo caer truenos y tampoco los escuchó.

Desesperados, fueron a pedirle ayuda a Quetzalcóatl, quien les dijo que él no tenía poder sobre el agua ni la lluvia. Conmovido, los convirtió en nahuales, dándoles cualidades físicas y mentales para transformarse en dos majestuosos jaguares.

Regresaron al fértil cerro con la intención de entrar a escondidas a la casa del dios y tomar en costales un poco de maíz, cacao, calabaza y frijol. Cuando llegaron a la entrada, se encontraron con unos niños Tlaloques, ayudantes y servidores de Tláloc, por lo que acordaron que uno de ellos los distraería mientras el otro entraba por la comida.

Así fue que el muchacho, transformándose en humano, pudo meter en los costales suficiente alimento para sobrevivir por un tiempo. Pero cuando estaban por descender la enorme colina, se escucharon de nuevo los truenos y los rayos: Tláloc los había encontrado.

Les vociferó que eran unos tontos por ayudar a su pueblo, pues había comprendido que los humanos tienen muy mala memoria y olvidan hasta el acto más noble, así que como castigo los condenó a ser jaguares para siempre.

Después de lo dicho, los jaguares empezaron a descender a toda velocidad por la ladera. Tláloc, furioso, intentó alcanzarlos, pero corrieron tan estrepitosamen-



te que cuando llegaron con los hombres se dieron cuenta de que el gran señor ya no los seguía. Sin embargo, los costales se habían roto y no había quedado ni una sola semilla.

Hambrientos, frustrados y enojados empezaron a discutir entre ellos, reprochándose toda clase de cosas, hasta el punto en que empezaron a pelear violentamente.

Mientras tanto, Tláloc ordenó a los Tlaloques que fueran por los intrusos. Al seguir las huellas, accidentalmente regaron las semillas que los jaguares habían dejado. Los Tlaloques llegaron justo cuando se desarrollaba la pelea, quedando cautivados por tan bruscos movimientos.

Al final de la contienda, los habitantes les propusieron a los maravillados asistentes convencer a su amo de que los humanos volverían a respetarse entre ellos, al igual que a la tierra y a las deidades. De ser así, prometían que el siguiente año el pueblo los recibiría con un gran espectáculo de música y baile, así como con un combate que recordara por siempre el valor de la lluvia, la valentía y el coraje de sus héroes. Tláloc, un poco más calmado, les ofreció una oportunidad más.

Los humanos, además de recuperar la hermandad, agradecieron a su deidad porque el caminar de los Tlaloques hizo florecer la milpa, la calabaza, el cacao y el frijol.

Es por esta leyenda que en Zitlala, Guerrero, aún se celebra este ritual sagrado. Cautivados por la música e impulsados por las bebidas espirituosas, los participantes pelean disfrazados de jaguares, unos de color amarillo, simbolizando la sequía, y otros vestidos de verde para representar la fertilidad, la esperanza, la renovación y la vida. Dice la tradición que, entre más sangre y sudor, el señor de la lluvia regará los campos con mucho más fervor.

EL SEÑOR DE LA
LLUVIA
ME BUSCA

Esta es la historia de una hermosa joven que conoció al señor de la lluvia. Todo comenzó cuando un muchacho, que era campesino, por fin alcanzó la edad en la que las costumbres de su pueblo le dictaban que buscara a la mujer adecuada para casarse.

Un día, mientras paseaba por la plaza, se le dibujó una gran sonrisa al mismo tiempo que su corazón se llenó de emoción. Estaba seguro de que había encontrado a la mujer que quería porque ante sus ojos apareció la joven más hermosa que jamás había visto. Tenía el cabello largo, ojos grandes, así como una sonrisa inocente y gentil.

Él deseaba hablarle, confesarle el sentimiento que ella le provocaba, pero la costumbre decía que primero debía decírselo a los padres de la joven. Así que se armó de valor, fue a la casa donde ella vivía, saludó a los padres y les comentó sus planes.

-Señores, la razón de mi visita es porque me quiero casar con una de sus hijas.

Ellos se quedaron en silencio, se miraron a los ojos y le dijeron que debían pensarlo, que volviera otro día. Antes de irse, el joven dio las gracias y se fue a su casa a pensar en su amada. Luego de un par de días volvió, pero no encontró la respuesta que esperaba.

-Mire joven, lo hemos platicado y creemos que no es conveniente que usted se case con una de nuestras hijas -dijeron.

No dieron más explicaciones, así que el joven se despidió y se fue. Mientras caminaba de regreso a casa, pensaba y se decía:

-¡Ya sé lo que pasó! Me vieron muy joven y creyeron que estaba jugando, pero para que vean que hablo en serio, le diré a mis padres que me acompañen.

Llegó a su casa y platicó lo que había pasado. Sus padres, felices y orgullosos, accedieron a acompañarlo.

Una tarde llegaron a la casa de la muchacha. Los tres iban bien vestidos, emocionados y decididos a no aceptar un no por respuesta. Esta vez no permitieron que los jóvenes estuvieran presentes y a pesar de que conversaron un buen rato, la respuesta fue la misma.

La familia del joven salió muy enojada y ofendida, tanto que decidieron visitar a un brujo nahual que tenía el don de conversar con las entidades de la naturaleza. Los padres le dijeron al viejo hechicero:

-Queremos que castigues a esa familia, pues nuestro hijo se quiso casar con una de sus hijas y ellos no se la quisieron dar, te pedimos que les hagas algo.



El nahual, sabio y misterioso, les contestó: -Pueden irse. Contactaré con el cielo, los truenos, los rayos y, para cuando lleguen a su casa, el trabajo estará hecho.

Esa misma tarde, la hermosa joven estaba en el manantial recogiendo agua en un cántaro, cuando de repente escuchó que una fuerte tormenta se dirigía hacia ella. Las nubes se oscurecieron y antes de ver relámpago alguno, fue atrapada por un remolino de lluvia que la hizo desaparecer.

La buscaron días enteros. Los padres preguntaron a todos en el pueblo si alguien la había visto, pero nadie dio razón.

Después de la fuerte tormenta, la joven despertó en un extraño y frío lugar. Era una gran cueva blanca con enormes rocas rodeadas de charcos de agua dulce y cristalina. Cuando se disponía a averiguar dónde se encontraba, escuchó un fuerte tronido, como si algunas de esas rocas hubieran chocado.

-Niña -dijo un hombre grande y misterioso, -¿sabes por qué estás aquí? -Ella no respondió.

-Escucha bien lo que vas a hacer -dijo con un tono autoritario: -en esas cestas de roca que están por allá encontrarás tomates, frijoles, chiles y maíz, todo lo necesario para que me hagas de comer. Me iré a trabajar, más te vale que cuando regrese esté lista la comida, no se te olvide, quiero grandes tortillas, ¿me oíste?

El enorme hombre se preparó para partir, pero antes de marcharse tomó de las rocas extraños objetos que guardó en su morral.

Cuando la joven comenzó a cocinar, creyó escuchar voces en el interior de unos recipientes. Sintió curiosidad por saber quién era, así que escaló hasta el contenedor más grande y con gran esfuerzo movió las enormes losas que servían como tapa; sorprendida, observó que de uno brotaban nubes. Notó que en otros había agua o bolitas de granizo, pero al abrir la de los truenos y relámpagos, éstos salieron huyendo. Fue entonces que el hombre, quien en realidad era el señor de la lluvia, se dio cuenta de la tormenta que escapaba de su casa.

La joven se asustó cuando vio que el agua se desbordaba. Intentó detenerla, pero ésta no dejaba de salir de la cueva. Se arrepintió de no haber hecho lo que se le ordenó, pues cuando llegó a la puerta, vio desde las alturas cómo se destruía su pueblo, donde muchos murieron.

Aún empapada en lágrimas, volvió a escuchar la suave voz del viento que le susurraba que se escaparan juntos, porque el señor de la lluvia la castigaría a su regreso. Con preocupación, la joven destapó la roca y liberó al viento, que de inmediato la abrazó, la consoló y se la llevó volando por los cielos.

Se dice que ese día el viento la puso a salvo y le advirtió que no malgastara el agua, pues ésta podría volar a las nubes y decirle al señor de la lluvia dónde estaba el escondite de la hermosa joven.

CHIKOME
XÓCHITL

Hace mucho tiempo, en las orillas de un tranquilo pueblo vivía una señora con su hermosa hija. La joven tenía una mirada dulce como la miel, el cabello negro como la noche y por una extraña razón siempre olía a las más esplendorosas flores.

Lamentablemente casi nunca salía, pues su madre la había convencido de que el mundo estaba lleno de engaños y peligros, que por supuesto ella no se merecía. No fue por miedo ni por falta de curiosidad que nunca fue más allá de donde le permitieron, pues ella siempre respetó y confió en su madre, incluso ella misma se repetía que no tenía caso salir.

-De cualquier modo, no conozco a nadie -se decía.

Una de esas noches comunes en las que la joven se quedaba encerrada en su casa de adobe, mientras su madre rezaba y celebraba a los dioses, fue visitada por el joven Xipe Tótec, el dios de la renovación, de la vegetación, del maíz tierno y la resurrección.

Él pasaba caminando por la casa de la joven, cuando se sintió atrapado por un peculiar perfume de flores. Llegó hasta la puerta y se encontró con una piedra que tapaba la entrada, por lo que creyó que como nadie estaba, podría entrar a averiguar qué clase de flor despedía ese aroma tan especial.

Entró y se sorprendió al ver a la prisionera más bella de cualquier otra tierra. Se presentó con mucha educación y pidió una disculpa por pasar de esa manera. Fue así como descubrió que la joven ni siquiera tenía nombre y que el aislamiento y la soledad eran la única forma de vida que conocía.

Desde el momento en que se vieron, ambos quedaron perdidamente enamorados; él la visitaba de vez en cuando y siempre la intentaba convencer de que saliera y descubriera las maravillas que la esperaban afuera. Ella dijo que con el tiempo lo haría, pero que por el momento no podía dejar sola a su madre.

Entonces el joven dios le dijo que tenía que irse porque se acercaban las estaciones en las que debía trabajar, de modo que no la visitaría en mucho tiempo, pero que jamás se olvidaría de esa dulce mirada y que gracias a su aroma la encontraría de nuevo.

Después de unas semanas de su partida, madre e hija descubrieron que un bebé venía en camino. La madre perdió los estribos, pidió explicación y, aunque la joven se la dio, no le creyó y le juró que recibiría un merecido castigo.

Cuando el bebé al que llamaron Chikome Xóchitl por fin nació, algo hermoso ocurrió: hubo un revolotear de cantos en el aire, muchas flores brotaron de la noche a la mañana y una tranquila lluvia regó todas las cosechas en el pueblo, sólo para crear después un enorme arcoíris en el cielo.



Sin embargo, la abuela nunca quiso a su nieto. Sin que su hija se diera cuenta trató de matarlo en varias ocasiones, pero la joven siempre llegaba justo a tiempo. Un día, mientras terminaba de lavar la ropita de su hijo, se dio cuenta de que ya no respiraba su pequeño angelito: se le quebró el alma, pues la felicidad que acababa de conocer le había sido arrebatada.

Lo sepultaron en una loma a un lado del río, al que de nuevo acudieron toda clase de aves para cantar y lamentar la muerte de aquel niño.

Siete días después de la tragedia, abuela y madre volvieron a donde estaba la sepultura y se sorprendieron al ver que de aquella tierra brotaban abundantes mazorcas de maíz. Entonces la abuela volvió a perder la cordura, las arrancó todas, las destrozó con sus propias manos y las arrojó al río. Luego confesó que ella misma había envenenado al niño. Su hija, abatida y destrozada, se quedó sin palabras y simplemente se fue con el viento, sabía que tarde o temprano Xipe Tótec la encontraría de nuevo.

El maíz arrojado resguardaba el espíritu de Chikome Xóchitl, el cual viajó a lo largo del río, alimentó a toda clase de animalitos, dotándolos de colores, texturas y sonidos. A la guacamaya, por ejemplo, le pintó flores de colores; al pinzón le regaló su canto y lo compartió con el jilguero; a la tortuga le dibujó figuritas en su casita e incluso cuando el jaguar se comió a un bagre que nadaba en el río, se le dibujaron esas peculiares manchas y recibió su rugido.

Cuando los colores del invierno volvieron, los jóvenes se reencontraron. Ella, con gran tristeza, le platicó lo que había pasado, entonces la divinidad le dijo que él ya se había enterado, pues había reconocido a su hijo en las flores que regaron el río y en los hermosos animales que se encontró en el camino. Le pidió que no estuviera triste, pues ahora la creación de los dos existía en todas partes.

-Puedes verlo, olerlo y oírlo, ¿qué te parece si me acompañas y descubrimos hasta dónde ha llegado nuestro hijo?

Fue así como juntos se fueron a conocer cada rincón de ese mundo antiguo.



EL TEPOZTECO

En una fresca y colorida mañana, cuando el padre sol empezaba a repartir su esplendor, una hermosa doncella se encontraba lavando su cuerpo en las cristalinas aguas del río Axitla.

Al verla, el dios del viento, Ehécatl, quedó maravillado y provocó que la piel desnuda de la joven se erizara al recorrer su cuerpo por completo. Luego tomó la forma de un admirable quetzal y la hipnotizó con sus colores. Se bañaron juntos y cuando por fin éste se postró en sus manos, le arrebató un suspiro y se fue volando.

Tiempo después cayó en cuenta que ese divino y encantador momento la había dejado embarazada. Apenada, le confesó lo sucedido a sus padres y cuando por fin el pequeño viento nació, fue despreciado por su abuelo, pues lo consideró una deshonra e intentó deshacerse de él de muchas maneras.

El recién nacido fue abandonado en un enorme hormiguero, pero en vez de ser lastimado o devorado, se hizo amigo de millones de hormigas que lo protegieron y le acarrearón frutos para alimentarlo. Persistiendo en la atrocidad de matarlo, su abuelo decidió dejarlo en un maguey, el cual formó una especie de cuna para protegerlo, mientras que una de las pencas se inclinaba para amamantarlo con agua miel.

Frustrado, el abuelo decidió meterlo en una caja y dejarlo libre en los caudales del río. Protegido por su padre y rehuendo siempre de la muerte, llegó a las manos de un matrimonio de viejos y bondadosos campesinos, quienes siempre le habían rogado a los dioses para tener un hijo, pero nunca habían podido.

El niño, al que nombraron Tepoztécatl, fue creciendo con mucho cariño. Realizó grandes proezas a lo largo de su vida, siendo la más heroica cuando derrotó a la monstruosa serpiente de Xochicalco, dejándose comer y destruyéndola por dentro.

Sin embargo, pocos saben que después de que los españoles empezaron la colonización, el ahora pueblo mágico de Tepoztlán padeció una gran sequía. Muchos animales murieron, las aves emigraron e incluso moscas y mosquitos cayeron muertos de sed.

Los hombres no podían trabajar el campo y el agua escaseaba; realmente fueron tiempos difíciles en los que todos estuvieron muy tristes, ni siquiera Tepoztécatl tenía la certeza de sobrevivir a aquella miseria.

A pesar de ser bastante joven, él sabía que no podía quedarse con los brazos cruzados, así que subió a la cima del cerro Tlahuiltepetl y habló con Ometochtli -espíritu conejo y guía de los niños inteligentes- quien le dijo que en las lejanas tierras mexicas encontraría el agua que necesitaban. Sin perder tiempo, partió y llevó consigo su bula de agua.



El muchacho caminó por días hasta llegar a un poblado mexicana. Ahí encontró a un grupo de hombres que intentaban subir una enorme y pesada campana en la torre de una catedral recién construida. El joven Tepoztécatl se acercó serenamente y se ofreció a subir la campana a cambio de un poco de agua.

Aquellos hombres se empezaron a burlar de él.

-¿De verdad crees que puedes subir la campana siendo apenas un niño? -le preguntó uno de ellos, queriéndolo ridiculizar.

-Si nosotros que estamos más grandes y fuertes, llevamos toda la mañana batallando y aún no lo hemos logrado, ¿cómo piensas que vamos a creerte? -le dijo otro.

Seguían riéndose de él, por lo que Tepoztécatl optó por decirles que tenía mucha sed luego de haber caminado desde muy lejos y que quizá por eso estaba diciendo estupideces. Los miró de frente y los convenció de que se tomaran un descanso, pues como ellos mismos dijeron, habían trabajado toda la mañana y ya se veían agotados, que en todo caso la campana no se movería y que él la cuidaría a cambio de que le llenaran su contenedor de agua.

Los hombres, conmovidos por la honrada forma de hablar de aquel joven, accedieron a la propuesta y fueron al río a llenar el bule, aprovechando para tomar un pequeño descanso. Al verter agua en el recipiente se impresionaron, pues

parecía no tener fondo; tardaron más de lo esperado, lo que generó curiosidad por llenarlo.

Mientras tanto, Tepoztécatl se comunicaba con su padre, quien no lo abandonó porque está en todas partes, así que le pidió que lo apoyara para no regresar a casa con las manos vacías ni irse de ahí sin haber ayudado.

Entonces, escarbó un poco debajo de la campana, de manera que pudo soplar como si de brazas se tratara, luego subió hasta el campanario y fue cuestión de tiempo para que la enorme pieza metálica se llenara de aire. Gradualmente se creó un remolino que la elevó, haciéndola sonar cada vez más fuerte y en segundos llegó a la cima, donde Tepoztécatl la aseguró rápidamente.

La gente no tardó en reunirse, incluyendo sus nuevos amigos, que regresaron corriendo al escuchar a lo lejos el repicar característico de su pueblo.

Todos quedaron asombrados y muchos le agradecieron. Cuando le entregaron su recipiente lleno de agua, emprendió el camino de regreso a casa.

Al llegar a sus tierras, vació miles de litros reviviendo al ya muy seco ojo de agua de Amatlán, lugar de nacimiento de Quetzalcóatl, y todo volvió a la normalidad.

Después de sortear muchos caminos y de sobrevivir amenazas de todo tipo, Tepoztécatl obtuvo el título de sacerdote del dios conejo y de héroe de la región de



Morelos. Sin embargo, él no buscaba el reconocimiento ni mucho menos las alabanzas de los demás. Consciente del privilegio divino con el que había nacido, él mismo se decía que no tenía caso tener poder si no se cumplía con el deber.

Siempre instrumentó a los pobladores sobre cómo cuidar las riquezas de sus tierras y les advirtió que, si ellos causaban una sequía, no existiría ni héroe ni dios que los protegiera.

EL MANANTIAL
DE LOS
MURCIÉLAGOS

Hace mucho tiempo llegó una tribu a las tierras de Tlazincahuátl en San Luís Potosí. Lo hizo agotada a causa de los obstáculos superados en un largo peregrinar que durante años la llevó por desiertos y lagos para encontrar una prometida señal. Débiles y perdidos, decidieron dejar de buscar y construir un nuevo hogar en una enorme cueva que se encontraba a un lado de un magnífico manantial.

Un día, cansados de remover las enormes piedras y escombros de su nueva morada, los pobladores tomaron un baño y se divertieron en las exquisitas aguas del cristalino milagro de la tierra.

Mientras todos nadaban, el majestuoso árbol de donde se originaba el agua agitó sus ramas y comenzó a hablar. Era Tláloc, dios del néctar de la tierra, dándole la bienvenida a quienes había estado esperando, pues por mucho tiempo necesitó que alguien se encargara de ese maravilloso lugar. Les dio permiso de vivir ahí, siempre y cuando veneraran el agua y, de hacerlo, nada les faltaría.

Durante cientos de años le ofrendaron a Tláloc danzas, canciones y oraciones de todo tipo, pues estaban agradecidos por dejarlos vivir ahí. Pero como nada dura para siempre y el tiempo pasa y la gente olvida, después de muchas generaciones todo cambió. No brindaron el cuidado que el agua y la tierra se merecían, talaron los árboles y el manantial se secó.



Tláloc estaba enfadado porque habían matado la maravilla del lugar. Como castigo, mandó una tempestad de murciélagos descontrolados para que habitaran la cueva y nadie pudiera regresar a ella.

Pasaron cientos de años, pero los pobladores no olvidaban la pena y la condena. Entonces se mudaron a un valle cercano donde lograron revivir el manantial después de mucho tiempo de darle los cuidados adecuados. A raíz de ese hecho, regresaron las fiestas y los cantos a lugar.

Hoy en día la costumbre sigue viva, ahora es una comunidad naranjera feliz y orgullosa que cada año acude al manantial para agradecer a Tláloc la hermosa fuente de vida que le fue concedida.

Sin embargo, en sus corazones llevan los recuerdos de los tiempos aciagos, mismos que heredan de boca en boca a los pobladores más jóvenes porque, de olvidarlos, no sólo caerá sobre ellos una despiadada sequía, sino que llegarán terribles bestias que en venganza los despojarán de su hogar.

LOS GUARDIANES DEL AGUA

Hace mucho, mucho tiempo, los cuatro puntos cardinales, así como muchos animales y los seres humanos, fueron convocados a una reunión muy importante. Tláloc, quien presidía la asamblea, les informó que era momento de tomar una decisión en conjunto para formar un nuevo río, por lo que necesitaba conocer sus necesidades para que esta nueva fuente de vida fuera accesible a todas las especies.

El Norte, caracterizado por su fuerza y valentía, pidió que el río fuera constante, perseverante y violento, pero antes de que siguiera con su argumento, fue interrumpido por un pequeño pececillo que demandó que el río fuera despacio para que sus huevecillos se desarrollaran, pues lo que más le importaba era que sus hijos crecieran. El pato sugirió más o menos lo mismo, que fuera completamente calmo para poder nadar con su familia tranquilamente.

El Este, caracterizado por la templanza y el control, apoyó las ideas de que fuera manso o en todo caso que su caudal fuera lento.

Fue entonces que la coalición del sapo y el cocodrilo solicitó que el río fuera muy amplio, profundo y turbio, pues se sentirían a gusto y seguros jugando en el lodo con sus hijos. Ante esta petición se armó un gran escándalo, porque no a todos les parecía la opción más conveniente; incluso algunos los acusaron de tramar un engaño para crear condiciones en las que pudieran alimentarse mejor. Así comenzaron discusiones que no iban más allá de acusaciones y comentarios egoístas.



Fue entonces que el Sur, siempre justo, pidió que se recuperara la calma y sugirió que se crearan pozos y presas para que cada integrante de la asamblea recibiera un espacio propio.

-¿Qué opina el Oeste? -preguntó alguien.

Sensato y prudente, sugirió que aún no se tomara una decisión porque no todos los habitantes del reino estaban presentes y los que estaban todavía no emitían su opinión. Incluso preguntó dónde quedaban las plantas en esa elección. Después comentó que si bien, el motivo de la reunión era buscar la aprobación de un hogar mejor para todos, no se debía perder de vista que el agua era indispensable para la vida de todos y tenían que poner de su parte para conservarla por siempre. Fue entonces que pidió escuchar la reflexión a la que Tláloc había llegado.

Se oyó entonces la imponente voz de trueno que caracterizaba al dios del agua, el rayo y los estremecimientos.

-Conforme a lo que he escuchado esta mañana, quiero decirles que cada uno vivirá en el lugar más adecuado. El río tendrá arroyos, lagunas y pantanos. Algunas partes serán profundas y otras no tanto, al igual que habrá lugares lentos y calmos, mientras que otros tramos serán agresivos y rápidos, todo con el fin de que lleguen a los océanos y, por supuesto, vayan dando vida y limpiando el camino -sentenció con autoridad.

Ante la nula participación de los seres humanos, continuó con sus alegatos, imponiéndoles una honorable misión.

-Como los humanos nunca dijeron nada, serán los encargados de proteger el agua. Si la malgastan y la contaminan, los haré sufrir, ya que toda la vida depende de ella -les advirtió.

Muchas voces susurraron, hasta que un lobo molesto le dijo a Tláloc:

-Es injusto que todos dependamos del cuidado de ellos, siendo tan irresponsables e irrespetuosos. Si fallan, todos pagaremos. ¿Cómo podemos estar seguros de que cumplirán su misión? Si no han tenido el valor de siquiera expresar su opinión.

Tláloc respondió que los animales podían estar tranquilos, pues si los humanos desperdiciaban el agua, sus hijos y, en consecuencia, su especie, sería condenada.

-Ustedes no se preocupen, yo me manifestaré en cada gota existente, sabré con certeza quien la valora y quien la derrama -les dijo al resto de los presentes.

Y continuó:

-¡Humanos! Les encomiendo esta importantísima tarea, ya que de ustedes dependemos todos, incluso yo. No es sólo su obligación ni se trata de un castigo,

los he elegido a ustedes porque son sin duda los más capaces y aunque a veces no lo parezca, también son los más inteligentes. Estoy casi seguro de que sus ojos pueden llegar a apreciar el mundo mejor que ninguna otra especie. Celebremos esta unión, cantando, bailando y comiendo.

Fue entonces que los Tlaloques, ayudantes del poderoso dios, llegaron bailando con canastas llenas de tamales, tortillas, chocolate y atole. Todos comieron y al terminar los pájaros cantaron. Los humanos, felices, intentaron distraerse de lo que les habían dicho y de la gran tarea que se les había encomendado. Pronto se unieron a la fiesta, acompañando el canto de las aves con violines y flautines; incluso los conejos hicieron sonar fuertemente los tambores. Bailaron hacia los cuatro puntos cardinales y fue entonces que, envueltos en regocijo, se comprometieron a cuidar de cada río, lago y manantial en nuestro México querido.

No hace falta decir que éste es el único planeta en el cosmos donde se sabe que gracias al agua existe la vida. Recordémoslo siempre y transmitamos de generación en generación el conocimiento, pero, sobre todo, la valoración y el cuidado por el medio ambiente.

LA LIEBRE DE
TEHUANTEPEC Y
LA TORTUGA

¡Ay esas liebres! Siempre tan saltarinas y arrogantes. Ahí estaba una, brincando y corriendo a las orillas de un arroyo en lo alto de la montaña. Cuando se cansó de jugar, decidió relajarse acostándose en una enorme piedra en medio del riachuelo. Poco tiempo después escuchó que alguien le chiflaba, se sorprendió cuando la piedra comenzó a moverse. Rápidamente salió del agua y se percató de que estaba postrada en una contenta y agradable tortuga que también ahí descansaba.

-¿A qué se debe tu felicidad? -preguntó la liebre.

-La época de lluvias es mi favorita. Es cuando el arroyo crece y, si quiero, puedo ir a toda velocidad a donde se forma el gran río, e incluso más allá, hasta la laguna
-respondió la tortuga.

La liebre, que siempre buscaba probar que era la más rápida del campo, retó a la tortuga a una carrera. Ella por supuesto no aceptó, diciendo que prefería llevarse la vida con más calma y que además debía buscar comida. Pero la liebre insistió:

-Te ayudaré a conseguir toda la comida que quieras.

-Te advierto que las tortugas comemos más de lo que crees, estarás todo el día buscando -acotó la tortuga.



La liebre le sonrió, y sin modestia dijo: -Por más rápida que digas ser, no podrás ganarme.

-Bueno y si pierdo, ¿qué querrás a cambio? –preguntó con mucha calma la tortuga.

La saltarina amiga rápidamente pensó y le propuso que, si ella ganaba, quería subirse a su espalda para pasear todo el día sobre el río. La tortuga aceptó y sellaron el trato.

Al amanecer del siguiente día, se encontrarían en el mismo lugar y verían quién era la más rápida en llegar hasta la laguna, al final del río.

En cuanto se fue la liebre, la tortuga buscó a sus amigas para platicarles lo que le había sucedido. Ellas eran muy unidas y listas, así que le dijeron que la apoyarían. El plan era hacer relevos. Cada cierta distancia una tortuga estaría descansando a la espera de ver a su competidora pasar para, enseguida, nadar tan rápido como pudiera.

Por la mañana, la liebre llegó fresca y confiada, dando grandísimos saltos porque sabía que la tortuga no podría vencer su agilidad y velocidad. La guacamaya dio el conteo final, salieron corriendo y todos los que se encontraban a orillas del río en algún momento las vieron pasar. La liebre no creía lo que veía, parecía

que la tortuga siempre iba delante de ella. Por momentos, la tortuga se sumergía y después reaparecía de nuevo delante de ella.

En la recta final, la tortuga le ganó por poco. La liebre tuvo que cumplir su palabra de conseguirle toda clase de comida, por supuesto no necesitaba tanta, pero la compartió con sus amigas. La tortuga, que no era abusiva, le dijo que no había animal terrestre tan rápida como ella, aunque después le confesó su secreto y la liebre en lugar de enojarse, no paraba de reír.

-De verdad me engañaste -le decía entre risas.

Después de todo se hicieron buenas amigas. Todas las tortugas ofrecieron a la liebre estar disponibles para pasear por el río cuando quisiera.

Ser el mejor en algo es relativo, cada quien tiene una habilidad que lo hace especial, lo importante es siempre hacerse de amigos, pues el sentido de la naturaleza es que todos se apoyen mutuamente.





México, 2020